

tador, á quien el año de 19 referí en Pamplona algunos hechos que él no pudo presenciar, le quitaron el sueño, reconviéndome al siguiente día por el mal que le había causado con semejantes relaciones." (1)

(Continuará)

EL APOSTOL

Al Dr. R. M. Carrasquilla

De la muerte nos hablaba, excitándonos con celo
A trillar con firmes pasos el sendero de la vida:
Siempre puestas las miradas en el punto de partida,
Con la mente siempre fija en lo fúlgido del Cielo.

"Ignoramos, nos decía, cuándo tienda el leve vuelo
Por los campos del Misterio la pobre alma, adormecida
Por los goces terrenales; por la bruma oscurecida
De apetitos y pasiones que la cubren con su velo."

Su palabra persuasiva, de mi pecho lo más hondo
Dulcemente conmovía, sacudía lo que escondo
De más ruin y de más grande; nueva luz á mí traía.....

Y al salir del santo templo, en la niebla vagabunda,
Perfilóse la silueta de la Vida—moribunda
Que agoniza tenuemente en un lecho de alegría.

E. ARIAS CORREA
Alumno externo

Abril 1905.

Los conquistadores españoles del siglo XVI

FUNDACIÓN DE UNA CIUDAD AMERICANA BAJO EL REINADO
DE CARLOS V

(De la *Ilustración Española y Americana* de Madrid)

Cuarenta y cinco años habían transcurrido desde el descubrimiento de la América, y aún permanecía inexplo-

rado el vasto territorio que hoy forma la República de Colombia. Era el tiempo de las grandes conquistas, y los españoles, dueños tan sólo de la costa, se sentían atraídos por aquella enmarañada selva tropical, que venía hasta la playa misma á hundir sus lianas en las aguas del mar Caribe.

Corría el año de 1536. Un día salió de Santamarta un pequeño ejército, compuesto de 620 infantes y 80 jinetes, al mando del Licenciado granadino Gonzalo Jiménez de Quesada.

Qué espectáculo tan animado presenta la marcha de estos aventureros. Los naturales, ocultos tras de la maleza, contemplan estupefactos el desfile de los hombres blancos cubiertos de hierro, los cuales marchan alegres y llenos de esperanza, porque confían en sobrepajar las hazañas de Cortés y de Pizarro. Uno de ellos sostiene en alto un estandarte que ostenta castillos almenados y leones rampantes: es la enseña gloriosa que desde muchos años atrás viene recorriendo los mares y las tierras como emblema del honor y de la fuerza: es la bandera de España.

Los ecos de la selva se estremecen con el relinchar de los corceles árabes, el batir de las cajas de guerra y el sonoro canto que en un idioma dulce y extraño entonan los hijos del sol.

La exploración empezó. Al principio subieron por la ribera derecha del gran río de la Magdalena; después rodearon una extensísima ciénaga; por último se internaron en los bosques.

¡Cuánto sufrieron aquellos hombres! Los árboles corpulentos, las apiñadas plantas espinosas y trepadoras, las lianas que entrelazándose en todas direcciones semejaban una red de apretadas mallas; todo aquello parecía infranqueable. Hubo día en que no pudieron avanzar sino una ó dos leguas. De trecho en trecho encontraban esteros y cañones peligrosos, que era necesario vadear con el agua al cuello; muchas noches tuvieron que dormir en las copas

de los árboles, dejando los caballos metidos hasta las cinchas en aquellas aguas anegadizas. Las enfermedades quebrantaron á muchos; otros perecieron víctimas de las fieras, los insectos y reptiles ponzoñosos. Mas no era esto sólo: á menudo el dardo envenenado de los hostiles indios llevaba la muerte al centro mismo del campamento.

También sufrieron mucho por el hambre. ¡Qué felicidad la del soldado que alcanzaba un pedazo de carne de caballo, de los que morían en la jornada! Llegaron hasta el extremo de comerse el cuero de las adargas, después de devorar los perros y gatos que llevaban en el ejército. La tropa se diezaba rápidamente; pero aquellos hombres de vestidura de hierro y corazón de acero, seguían siempre adelante, disputando el terreno palmo á palmo á la naturaleza virgen.

Al fin volvieron á ganar las márgenes del gran río, y el jefe mandó hacer alto para que la gente tuviera el necesario descanso. Han estado en camino ocho meses y se encuentran apenas á 150 leguas de la orilla del mar.

Un día hallaron en un caserío abandonado, sal en panes, mantas de algodón finamente trabajadas, un poco de oro y algunas esmeraldas. Un indio prisionero les dijo que allá, á lo lejos, detrás de esas montañas azuladas que cerraban el horizonte por el Oriente, existía un país rico, cuyo rey se cubría el cuerpo de oro en polvo, y luégo se bañaba en un lago sagrado. De allá habían traído los de su tribu las piedras verdes y el metal amarillo con que fabricaban sus ornamentos y las imágenes de sus dioses. Con esto renació la esperanza que ya les abandonaba, y Quesada emprendió de nuevo su marcha aventurera.

Ahora sufrieron penalidades de otro género; como no había senda al través de la intrincada montaña, vagaron muchos días á la ventura, teniendo que hacer grandes rodeos cuando les cerraba el paso una alta y escarpadísima roca. Después de trasponer una cumbre, cruzaban un valle y luégo otras cumbres y otros valles. La jornada era interminable. A los ardientes calores del valle, sucedió la

crudeza de las heladas brisas del páramo; hacía un frío vivísimo, y una lluvia menuda é incesante los calaba hasta los huesos.

Van tristes, cabizbajos y macilentos; parecen espectros. Ya no resuenan en el campo los cantos andaluces; los soldados, poseídos por el mayor abatimiento, piensan que jamás volverán á ver los bellos huertos de Valencia, los tibios campos sevillanos ó las risueñas vegas de Granada; el jefe, que está enfermo, se hace llevar en litera, y con la barba hundida en el pecho, sueña, sueña con otro imperio como el de los Incas; los dos frailes que acompañan á la expedición, murmuran sus oraciones.

De pronto se oyeron en la vanguardia exclamaciones de júbilo; un paso más, y todo el ejército coronó la cima. Al través del vapor que empañaba sus pupilas, vieron los españoles un cuadro de incomparable belleza: campos sembrados, aldeas pintorescas, cercados y bohíos de donde subía el humo de los hogares, y por todas partes un enjambre de indígenas coronados de plumas y ataviados con mantas de vistosos colores. Estaban á la vista de la tierra prometida.

El General organizó su gente é hizo un recuento de ella. De aquel florido ejército que salió de Santamarta un año antes, ya no quedaba sino un puñado de hombres: 160 infantes y 40 jinetes. Con esta fuerza contaba el valiente granadino subyugar el tercer imperio de la América.

Ha pasado un año. Al rudo empuje de la hueste conquistadora se ha derrumbado la antigua monarquía de los Muiscas; con el incendio del gran templo de Suamós, ha perecido la tradición de su nacionalidad; su religión ha muerto y las imágenes de Bóchica yacen por el suelo en fragmentos. Quesada, que ha recorrido el nuevo dominio en todas direcciones, lo ha encontrado rico y fértil y lo ha bautizado con el nombre de Nuevo Reino de Granada, en recuerdo de su Patria.

Por este tiempo llegaron á la altiplanicie de Bogotá dos nuevas expediciones: la una, al mando de Sebastián de Be-

nalcázar, teniente de Pizarro, venía desde el Perú; la otra, mandada por Nicolás de Fredemán, nativo de Alemania, había partido de Venezuela. Ambos venían en busca de aquel fabuloso *dorado* cuya fama se extendía hasta las tierras más lejanas del Continente. Encontraron á Quesada en plena posesión del territorio y no le disputaron su conquista. En cambio, recibieron una buena parte del botín obtenido.

Antes de volver á España, pensaron los conquistadores fundar una ciudad que fuese cabecera del nuevo reino. A este efecto se escogió un sitio pintoresco situado al Oriente de la hermosa altiplanicie, al pie de dos grandes cerros, por entre cuyas grietas se despeñan aguas abundantes y cristalinas. En este punto se hizo la fundación el 6 de Agosto de 1538. Trasadémonos con la imaginación á aquellos tiempos y á aquellos lugares.

Al rededor de un espacio abierto que mide por cada lado 80 varas castellanas, y que andando el tiempo será la plaza mayor de la futura ciudad, se levantan unas chozas con techos de ramaje; son doce, en conmemoración de los doce Apóstoles. En el costado oriental hay una más grande que hace las veces de capilla. Un tosco altar, cubierto de flores andinas, sirve de pedestal al *Cristo de la conquista*, que uno de los expedicionarios pintó con torpe mano, pero corazón piadoso, sobre una tela muisca.

En torno del altar están los tres ejércitos. El de Quesada ha adoptado el vestido indígena y cubre sus corazas con el listado manto de los vencidos. Los peruleros, ataviados lujosamente, tienen jubones de seda, sus cortas capas caen airosamente sobre las altas botas de ante: parecen cortesanos. El tudesco y los suyos ocultan sus harapos con las pieles de las fieras que mataron en los Llanos.

La mañana es hermosa, y á los primeros rayos del sol levante, brillan las lanzas y las anchas espadas. Los estandartes ondean orgullosos á impulsos de la brisa embalsamada y tibia del Mediodía.

Quesada se adelanta entonces, arranca del suelo un manojo de yerba, y con voz sonora toma posesión de la tierra en nombre del Emperador Carlos V. Después monta á caballo, desenvaina la espada y reta á singular combate á quien le contradiga. Nadie alza la voz. Redoblan los atambores, suenan los clarines, y entre el disparo de los arcabuces y el choque de las armas, todos prorrumpen en vítores á su Patria y á su Rey. En este momento el Padre Las Casas, Capellán del Ejército de Quesada, aparece ante el altar y principia el oficio de la misa. Los soldados se inclinan reverentes.

Los indígenas contemplan estupefactos la escena y no vuelven en sí de su asombro al ver la actitud mansa de aquellos centauros que manejan el rayo. Y á un lado del altar, sentado sobre leñoso tronco, el historiador de la conquista consigna los sucesos del día, la fundación de su Santafé de Bogotá y los nombres de aquellos españoles que, fieros y rudos si se quiere, pero valientes y altivos, fueron nuestros mayores.

JOSÉ MIGUEL ROSALES *

Colombiano

LECCIONES DE LÓGICA

PRELIMINAR

Vamos á estudiar en esta asignatura la Lógica y la Antropología, dos ramas ó partes de la Filosofía.

Para encaminar desde el principio nuestros esfuerzos y trabajos con el debido orden, debemos empezar por darnos cuenta del conjunto, ó sea del todo, cuyas dos primeras partes vamos á considerar.

La *Filosofía*, en cuanto al nombre, quiere decir *amor á la sabiduría*. Se descompone, en efecto, en dos palabras

* Colegial honorario y Catedrático de Lengua inglesa en el Colegio del Rosario.